

Tyler Keevil

**DONDE LATE EL CORAZÓN**

Traducido del inglés por Cristina Martín Sanz

Título original: *Your Still Beating Heart*

Publicado por acuerdo en Johnson & Alcock Ltd.

Diseño de colección: Estudio de Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Tyler Keevil, 2020

© de la traducción: Cristina Martín Sanz, 2021

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-1362-472-3

Depósito legal: M. 16.706-2021

Printed in Spain

*Para ti*



# Primera parte



# Un final

---

En fin, así es como muere tu marido: no dentro de cuarenta años, tosiendo, marchitándose, consumido desde dentro por el cáncer, sosteniéndote la mano, mirándote a los ojos, reflejando en sus pupilas una vida entera como compañero. Ni dentro de veinte años, cuando los hijos que habéis tenido ya se han hecho mayores, se han ido de casa y ya no lo necesitan, y tú tampoco, por lo menos ya no tanto. Ni dentro de diez años, más o menos en la época en que se espera que sufra una crisis de la mediana edad, se compre un Ford descapotable y empiece a coquetear torpemente y de manera poco apropiada con las camareras de los cafés.

No: tu marido no muere de ninguna de esas maneras, sino ahora, esta noche, un frío, lento y lluvioso jueves de finales del mes de noviembre, a la edad de veintinueve años.

Muere en Londres, una ciudad que nunca le ha gustado, y estando muy lejos de casa.

Muere en un autobús, nada menos, a las diez y treinta y cuatro de la noche.

Muere porque te ama. Muere porque es valiente, o tal vez inseguro; a veces cuesta trabajo distinguir lo uno de lo otro. Muere porque no quiere que sufras ni que te asustes. Muere porque es tonto. Muere porque no piensa. Muere porque está convencido de que su misión consiste en protegerte a ti. Mue-

re porque tal vez tú también crees eso mismo y es lo que esperas que haga.

No sabes por qué muere.

Sabes el cómo, pero no el porqué.

Este es el cómo: después de ver una película, en el cine. Tod no tenía un interés especial en ir (había pasado la tarde dando clase sobre Tolstói a alumnos de primer año con resaca), pero se percató de que tú sí, de modo que se tomó un café y ambos fuisteis en metro hasta Trafalgar Square. Un trayecto de treinta y un minutos. La película resulta ser un drama de la clase trabajadora británica, tan deprimente como el tiempo que hace. Tod va a adoptar una actitud educada al respecto, pero se le nota que se siente escéptico, que se resiste: se agita en la butaca, mueve el codo arriba y abajo del reposabrazos.

Luego vienen los créditos, el lento desfilarse de los miembros del público hacia la salida, todos ellos con gesto grave y lánguido, la cara demacrada y gris a causa del brillo del proyector, como si fueran extras de la película que acaba de terminar. Fuera hay obras a la entrada del metro. Pero se acerca un autobús, grande, cubierto de agua y de mugre. ¿Mejor cogemos el autobús? Es idea de él. Echáis a correr los dos juntos por la calle, los faros de los automóviles que pasan excavan túneles en la lluvia. Junto al bordillo hay un charco de gran tamaño. Él sube primero, extiende una mano para ayudarte a ti, tú la aceptas, no porque lo necesites, sino por la misma cortesía con que él te la ha ofrecido.

Ya dentro del autobús, ves que está puesta la calefacción, las ventanillas están empañadas, el pasillo está resbaladizo a causa del agua que gotea de las gabardinas y las botas de los pasajeros. Al otro lado de los cristales no se ve la ciudad, sino únicamente una mancha borrosa y rápida de luces y sombras. El hecho de haber corrido bajo la lluvia, ese movimiento frío



e impulsivo, os ha relajado a los dos. La oscuridad de la sala de cine ha caído como quien se quita una capa. Los dos habláis de la película como podríais haber hablado de ella cuando os conocisteis, en lugar de verla juntos y digerirla por separado, aceptando las discrepancias. En vez de eso, la charla resulta animada, tú defiendes tercamente la película y él intenta convencerte de los errores que contiene, esa película y el género entero: la falta de estructura, el lúgubre estoicismo, los estereotipos de la clase obrera. Si está elevando demasiado la voz, tú no te percatas de ello. Si está dando la impresión de ser un «americano» (gritón, descarado, sabihondo, seguro de sí mismo), resulta casi un alivio, una liberación. Así es él, o así es como era en otra época. Tu marido americano de nombre americano. Tod. Antes de que el hecho de vivir en el Reino Unido lo empequeñeciera.

Recordarás que pensaste: Tod está muy guapo. Se le ve contento.

Y que después alguien exclamó: «¡Cállate, cállate!».

En el extremo delantero del autobús hay un hombre. No está claro con quién está hablando, si es que está hablando con alguien. Pero acaba de levantarse y dejar su asiento. Es un individuo calvo y de piel clara, nervioso. Va vestido con una sudadera con capucha y unos vaqueros rotos.

—Cállate la boca —repite. Y mira a su alrededor con aprensión.

Otros pasajeros bajan la vista, miran a otra parte, de manera instintiva. Evitando el contacto visual. Pero tú no. Más tarde te preguntarás por qué. El hombre te localiza, fija en ti su mirada, empieza a avanzar por el pasillo repitiendo la frase como un mantra: «Cállate, cállate». Entonces sí que desvías la mirada, hacia la ventanilla que tienes al lado, pero ya es demasiado tarde: todavía lo ves reflejado en el cristal empañado, facciones distorsionadas, rostro extraño y retorcido.

Y de repente lo tienes encima, a tu lado. Gritándote.

—Cállate la puta boca, puta de mierda.

Y notas partículas de saliva suya que se te han quedado prendidas en el pelo y en el cuero cabelludo. Es como si estuviera echando espumarajos por la boca, como si estuviera rabioso.

Y entonces es cuando Tod, tu marido, se pone de pie. Está sonriendo con esa incomodidad con que sonrío cuando está nervioso. Está nervioso. Levanta las manos enseñando las palmas, como cuando uno quiere apaciguar a un perro enfurecido.

—Vale, tío —dice—, tranquilízate, ¿vale?

El otro da un paso atrás, sorprendido (no os había relacionado a ambos), y por un instante parece estar confuso, aturdido. Entonces vuelve a clavar la mirada. Esta vez, en Tod.

—¿Qué cojones vas a hacer, tío? —dice—. Te voy a hacer papilla.

Tod se echa a reír y sacude la cabeza.

—Colega, no queremos problemas.

El otro tiene las manos metidas en el bolsillo de la sudadera. Acabas de reparar en ello. No crees que Tod se haya dado cuenta. Te entran ganas de decirle: «Para, Tod. Déjalo». Te entran ganas de decirle que lo deje estar y que se siente. Pero te da miedo decir nada. Te da miedo moverte, respirar. El miedo te tiene paralizada. Más tarde detestarás esta reacción. Te preguntarás por todas las cosas que habrías podido decir, o hacer, para que el resultado de todo aquello fuese otro.

—Déjala en paz —está diciendo Tod—. Apártate, ¿vale?

El otro lo mira primero a él y después a ti, como si estuviera viendo la relación que existe entre vosotros, el vínculo. Eso, al parecer, lo pone furioso. Escupe hacia ti, esta vez de forma deliberada, un salivazo que aterriza en tu mejilla. Caliente, mojado, fétido. Y entonces Tod se lanza sobre él, lo

agarra y ambos se gritan el uno al otro mientras otros pasajeros empiezan a apartarse y a quitarse de en medio. En el pasillo de un autobús no hay espacio para pelear. La situación resulta incómoda, torpe y hasta pueril. Tod es mucho más corpulento que ese individuo y lo domina. Hace calor y se nota una energía violenta que flota en el aire. Tú nunca habías imaginado a Tod como un tipo fuerte, fuerte físicamente, hasta ese momento. Nunca lo habías imaginado así. Aprisiona al otro con el antebrazo y le propina un puñetazo en la cara. No está lanzando tacos, está concentrado, decidido, furioso.

De repente se incorpora, como si hubiera decidido poner fin a la pelea. Ha ganado. El otro sale de debajo de él y empieza a retroceder a gatas, luego se pone en pie con gesto tambaleante. Recorre el pasillo y baja los peldaños. Se oye un golpe, está intentando abrir las puertas. O las abre por la fuerza o se las abre el conductor, prudentemente, para que se vaya.

Todas esas caras en el pasillo del autobús vueltas hacia Tod y hacia ti. Tod sigue aquí sentado, mirando hacia abajo. Entonces es cuando ves la empuñadura. Al principio, ni siquiera sabes que se trata de una navaja. Es simplemente un mango negro, reluciente, que sobresale del pecho de Tod. Este la rodea con las manos como si le diera miedo tocarla, como si temiera que al tocarla se hiciera real, e hiciera que sucediera todo lo que ya ha sucedido.

Ahora hay sangre que está filtrándose a través de la camiseta de Tod. Es muy oscura y está empapando la tela blanca de algodón como si esta fuera un papel secante. La camiseta lleva el dibujo de un Mustang y la palabra *Medusa*. Un coche de película. Siempre te ha gustado, te gusta cómo le queda a Tod. Un coche de macho pero una mujer fuerte, la criatura capaz de convertir a una persona en piedra. Ahora Tod da la

impresión de estar convirtiéndose en piedra, de estar solidificándose. Te arrodillas a su lado, lo llamas por su nombre, aprietas la mano contra la camiseta ensangrentada. No extraes la navaja, sabes que no debes hacer tal cosa. Gritas pidiendo socorro. Le dices a alguien que saque el puto teléfono. De hecho, ya hay varias personas que han sacado el teléfono... para grabar tu pánico en vídeo. Otras están chillando, porque han visto la sangre. Puede que una de ellas llame a emergencias. Una de ellas tiene que llamar.

Una mujer se arrodilla enfrente, pero tampoco sabe qué hacer. Tod te está mirando con gesto de impotencia. Todo el aliento se ha escapado de sus pulmones, perforados, ya medio vacíos. Una leve burbuja de espuma de color rosa le sube a los labios. Sin últimas palabras. Sin un «Te quiero». Sin pedir perdón. Sin lamentaciones. Sin gestos de película. Pero al final, aún consciente, al parecer, te coge la mano, ya resbaladiza como la suya a causa de la sangre, y la aprieta con fuerza. Está muy caliente. Es el calor de su vida, que late entre ambos estrujada entre tus manos. Y luego llega el lento detenerse, la relajación, el vidriado de los ojos.

Para cuando le sueltas la mano, para cuando te obligan a soltársela, sus dedos se han quedado fríos. Ha sido cuestión de minutos. Te llevan al exterior del autobús, bajo la lluvia. Alguien te echa una manta sobre los hombros. Todavía tienes la mano cubierta de sangre de Tod. Todavía tienes la mano cerrada como si sostuvieras la suya. Todavía sientes cómo te hormiguea por la fuerza con que te agarraba. No estás llorando. Hay gente a tu alrededor sosteniendo teléfonos en alto, haciendo fotos, grabando vídeos. Algunas de esas imágenes se emitirán en los informativos, otras se publicarán en YouTube. Podrás regresar a este momento cuando quieras, siempre. El repiqueteo de la lluvia, el olor a suciedad de la ciudad: humo gasóleo lluvia sudor odio miedo. Estas cosas te

recordarán por siempre esta noche, este lugar, el día en que el hombre al que amabas fue apuñalado en el corazón y murió y se quedó inmóvil y frío y una parte de ti también se quedó fría, como si un tramo de esa navaja te hubiera alcanzado a ti después de atravesarlo a él. Un trozo de hielo, una pizca de muerte. Resultará ser vital para todo lo que tienes por delante.